

Cauldron

Jack McDevitt

Traducción:
Beatriz Ruiz Jara



Libros publicados de Jack McDevitt

LAS MÁQUINAS DE DIOS

1. Las máquinas de Dios
2. Deepsix
3. Chindi
4. Omega
5. Odisea
6. Cauldron

ALEX BENEDICT:

1. Un talento para la guerra
2. Polaris

Próximamente

3. *Seeker*

Título original: *Cauldron*
Primera edición

© 2007, Cryptic, Inc.

Ilustración de cubierta: John Harris via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-714-5 Depósito legal:

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Jamie Bishop


Agradecimientos

Estoy en deuda, por sus consejos y su colaboración, con David DeGraff, de la Alfred University; Michael Shara, del Museo Americano de Historia Natural; Michael B. Fossel, autor de *Cells, Aging, and Human Disease*. Walter Cuirle y Travis Taylor me prestaron su colaboración para dar forma al núcleo de la galaxia. Gracias también a Ralph Vicinanza, por su apoyo constante. A Maureen McDevitt, por sus comentarios a la primera versión del manuscrito. Y a mi editor, Ginjer Buchanan. La carta estelar es de Curtis Square-Briggs.

Surgen de la noche,
lloviendo fuego y roca,
escarbando en las ciudades del hombre,*
tempestades vivas,
bajo la apariencia de la Caldera del Diablo.


—*Libro del hotel Sigma* (traducido por Phyl)

*Licencia poética. El término empleado por los habitantes de Sigma 2711 para describirse a sí mismos es intraducible, salvo de la manera señalada.

 Centro de la galaxia

 Zona Mordecai

 Tenareif


 Cúmulo globular M28


 Microquásar

 Sigma 2711

Cúmulo globular NCG 6440 

 Cúmulo globular NGC 6760

Makai 4417  Cúmulo globular M24

 Águila

 Cúmulo de Wild Duck

 3.000
años
luz

 Sol

Prólogo

Cherry Hill, Nueva Jersey
16 de diciembre de 2185

La llamada se produjo, como acostumbran esta clase de cosas, en mitad de la noche.

—¿Jason? —Era la voz de Lucy la que se escuchaba al otro lado de la línea. Tensa. Nerviosa. Pero procurando aparentar profesionalidad. Carente de emoción.

Lo primero que pensó Jason Hutchins fue que la madre de Lucy había sufrido otra crisis. Al parecer, la mujer era propensa a los colapsos nerviosos y la familia siempre llamaba a Lucy. Teresa, a quien también había despertado la llamada, alzó un brazo en señal de protesta y seguidamente se tapó la cabeza con una almohada.

—Sí, ¿Lucy? ¿Qué problema hay?

—¡Hemos dado en el clavo!

Aquello lo puso en guardia.

Ya había ocurrido con anterioridad. Periódicamente recibían una señal que hacía saltar todas las alarmas. Normalmente se esfumaba en pocos minutos y nunca volvían a oírla. Algunas veces, se trataba de una transmisión humana que había salido rebotada. En los dos siglos y medio que llevaban de búsqueda, nunca habían podido legitimar ningún descubrimiento, ninguna transmisión artificial que se pudiera confirmar. Ni una vez. Y mientras se levantaba pesadamente de la cama, mientras le rezongaba a Teresa que no, que no había ningún problema, que en una hora o así estaría de vuelta, supuso que esta vez no sería distinto.

En ocasiones como esa era cuando admitía que, en esencia, el SETI no era más que un ejercicio de fe, que había que creer mucho en ello para sentarse cada día delante de las pantallas y fingir que realmente podía pasar algo; era en momentos así cuando se preguntaba por qué no habría escogido una carrera que le proporcionara al menos la oportunidad de sufrir alguna que otra crisis de ansiedad. Generaciones enteras de auténticos fieles habían manejado telescopios

de radio, algunos en órbita, algunos en la cara oculta de la luna, unos pocos en las cimas de las montañas, esperando la transmisión que nunca llegaba. Bromeaban al respecto. Esperando a Godot. Sé que cuando suceda, estaré almorzando.

—Lo hago por el dinero —le decía a la gente cuando le preguntaban.

Muchas cosas habían cambiado desde los primeros días del proyecto. La tecnología, por supuesto, había mejorado de forma exponencial. Ahora disponían de naves espaciales. Tenían la posibilidad de salir y observar directamente los mundos que orbitaban alrededor de Alpha Centauri y de Ophiuchi 36, y de otras estrellas relativamente cercanas. Ahora sabemos que había vida en otros lugares, incluso que en algunos de ellos prosperó la vida inteligente. Pero solo se conocía la existencia de un mundo tecnológico, y se trataba de un lugar salvaje cuyos estados-nación mantenían una guerra constante y estaban demasiado ocupados agotando sus recursos naturales y asesinando a una escala masiva como para avanzar más allá de un nivel más propio de principios del siglo xx.

De modo que sí, había otros lugares. O, por lo menos, había uno. Y sabíamos que había habido otros. Pero estaban en ruinas, perdidos en el tiempo, y la evidencia indicaba que, una vez que entrabas en la fase industrial, iniciabas la cuenta atrás y sobrevivías solo durante unos pocos siglos más.

Pero tal vez no. Tal vez en algún sitio, allí afuera, existiera la clase de lugar del que se podía leer en las novelas. Un lugar que hubiera estabilizado su medio ambiente, que hubiera controlado sus propios y peores instintos, y que hubiera logrado crear una verdadera civilización.

Salió de casa esbozando una sonrisa de resignación. Era una noche despejada, sin luna. El cielo estaba más brillante, menos contaminado que cuando él era joven. Al menos, esa batalla la estaban empezando a ganar. Y aunque esporádicamente seguían existiendo conflictos armados entre los señores de la guerra locales, la época de las grandes guerras y el terrorismo dominante estaba superada.

Con la navegación espacial, el futuro era prometedor. Se preguntaba qué viviría para ver su hija Prissy, que aún sería joven en los albores del nuevo siglo. Quizá algún día le sacudiría la mandíbula a un extraterrestre auténtico. O visitaría algún agujero negro. En este momento cualquier cosa parecía posible.

Se subió al vehículo.

—¿Adónde, Jason? —le preguntó.

Cuando él entró, Lucy estaba tan exaltada que apenas podía contenerse.

—Sigue llegando, Jason —dijo.

—¿Qué toca escuchar esta noche? —Llevaba fuera unos cuantos días, en un congreso, y había perdido el hilo del calendario.

—Sigma 2711 —dijo ella. Era una vieja clase G situada más allá de NCG6440, casi a mitad de camino del núcleo de la galaxia. Catorce mil años luz. Si resultaba ser legítima, no era alguien con quien poder entablar una conversación.

Lucy era una investigadora posdoctoral de Princeton. Era enérgica, dinámica, tal vez demasiado entusiasta. Su mentor, Marcel Cormley, no aprobaba que la hubieran adscrito al centro Drake. Tenía demasiado talento como para desperdiciar su tiempo en lo que él consideraba una operación estrambótica. A Hutchins no se lo había dicho a la cara, desde luego, pero ante sus colegas no guardaba en secreto su opinión. Hutchins no estaba del todo convencido de que se equivocara. Es más, sospechaba que la razón primordial por la que Lucy había ingresado en el centro era precisamente la oposición de Cormley. Fuera como fuese, se había puesto a trabajar a destajo, y él no podía pedirle más. De hecho, probablemente su entusiasmo suponía una rémora en un campo que, generación tras generación, había quedado vacío de resultados. Con todo, estaba adquiriendo experiencia en fundamentos de astronomía.

—¿Sigue teniendo buena pinta, Tommy? —le preguntó a la IA.

Tommy, bautizado así en honor a Thomas Petrocelli, el diseñador del primer sistema de IA designado oficialmente como tal, lo estuvo considerando por un momento.

—Este podría ser auténtico —dijo.

—Déjame verlo. —Jason se sentó delante del monitor.

—Se repite cada diecisiete minutos y once segundos —dijo Lucy. Por la pantalla parpadeaban unas barras de luz—. La secuencia es simple.

Cuatro. Luego dos series de cuatro. Luego cuatro series. Luego cuatro series de ocho. Y ocho de ocho.

—No deja de doblarse —dijo.

—Hasta 256. Después empieza a contar hacia atrás.

—De acuerdo. ¿Qué más hay?

—El patrón dura unos dos minutos. Entonces desaparece y sale esto. —Se inició una secuencia larga, aparentemente arbitraria. La estuvo observando durante unos minutos antes de apartarse.

—Tommy —dijo—, ¿estamos haciendo algún progreso?

—Tiene marcadores. Pero pregúntame más tarde.

Lucy se puso a un lado, mirándolo a él y al altavoz de la IA alternativamente. Parecía que estuviera rezando. Sí, señor, que así sea. Era rubia, un poco entrada en carnes, aunque no parecían faltarle novios. Siempre la estaban abandonando.

Jason se reclinó en su silla. No iba a dejarse convencer tan fácilmente de que estaba ocurriendo realmente. No después de todo el tiempo transcurrido. No podía caerle del cielo de esa forma. Tenía que ser un virus del sistema. O un bulo.

Por lo visto, Lucy terminó sus súplicas al mundo espiritual, regresó a su silla, juntó las manos con fuerza y se quedó mirando la pantalla.

—Me pregunto qué dirán.

Jason buscó café con la mirada. Lucy solo consumía refrescos, de modo que no había.

Ella le leyó el pensamiento y tuvo la cortesía de aparentar sentirse culpable, pero no dijo nada. De haber sido una tarde corriente, se habría ofrecido a hacerlo.

Se sentó delante de una de las pantallas y sacó una imagen de Sigma 2711. Tenía siete mil millones de años, millón arriba, millón abajo. Superaría la masa del sol en un cuarto, más o menos. Se encontraba a catorce mil años luz, muy por encima del alcance de las superluminares. Pero había pruebas de que contaba con un sistema planetario, pese a que todavía no se había detectado nada directamente.

De confirmarse la transmisión, probablemente conseguiría que Van Entel le echara un vistazo. Un telescopio gigante no tendría problemas para captar planetas en Sigma, en caso de que existieran.

—¿Qué te parece, Jason? —preguntó Lucy.

Por el este empezaban a verse las primeras vetas grisáceas.

—Es posible —dijo—. Tommy, ponme con alguien de Kitt Peak.

Lucy esbozó una amplia sonrisa, de esas que dicen «Haz conmigo lo que quieras, mi vida es muy completa».

—Y me dijeron: «Por aquí nunca pasa nada» —comentó.

—Kitt Peak —dijo una voz de mujer. Sonaba extrañamente alegre, para la hora que era.

—Soy Jason Hutchins —dijo—. De Drake. Necesitamos que confirméis una señal.

—¿Has dado con algo interesante, Jason? —Reconoció a Ginny Madison al otro lado. Estuvieron juntos una vez en la base Lunar, hacía mucho tiempo.

—Hola, Ginny. Sí, tenemos un candidato. Te agradecería que lo comprobaras.

—Pásame los números.

—Tengo una traducción parcial —dijo Tommy.

—En pantalla.

—La mayor parte del texto es un segmento instructivo que aporta pistas para penetrar en el mensaje.

—Muy bien.

—Ahí van las primeras líneas:

Saludos a nuestros (intraducible) del otro lado (intraducible). Los habitantes de sigma 2711 envían esta transmisión con la esperanza de que se produzca la comunión (?) mutua (intraducible). Este es nuestro primer intento de comunicación más allá de nuestro reino. Permaneceremos a la escucha en esta frecuencia. Respondan si pueden. O hagan parpadear sus luces (?).

—Me he tomado la libertad de sustituir el nombre de su estrella. Y, por supuesto, he llevado a cabo alguna interpolación.

—Gracias, Tommy.

—Teniendo en cuenta sus deseos por entablar una conversación, no es probable que esperen que su mensaje se reciba tan lejos. Seguramente estaba destinado a un sistema más cercano.

—Sí. Eso me suponía.

—Jason —dijo Lucy—, ¿qué te parece la última línea?

—¿«Hagan parpadear sus luces»?

—Sí.

—Metafórica. Si no puedes contestar, haz una señal con la mano. —Se quedó mirando la pantalla—. La frecuencia: entiendo que es 1662.

—Exacto. —La primera línea hidroxila. Era donde siempre habían esperado que sucediera. La frecuencia ideal.

Ginny retomó el contacto en menos de una hora.

—Parece legítima —dijo—, hasta donde alcanzamos nosotros. Hemos obtenido confirmación a través de Lowell y Packer. También la hemos repasado por ComData. Dicen que no es nuestro, y no encontramos ningún rebote.

Otra amplia sonrisa.

—Creo que has dado con uno, Jason. Felicidades.

Se corrió la voz rápidamente. La gente empezó a llamar pocos minutos después de que Ginny lo hubiera confirmado. ¿De verdad ha sucedido? Felicidades. ¿Qué tienes? Hemos oído decir que has descifrado parte del mensaje, ¿es cierto? Eran las mismas personas que se habían cruzado con él amablemente por los pasillos astronómicos, transigiendo con él, el tipo cuya imaginación había sobrepasado su sentido común, el que había echado a perder lo que podía haber sido una carrera prometedora buscando las señales de los hombrecillos verdes que ni tan siquiera las naves espaciales habían encontrado.

Pero ahora pisaba un terreno que trascendía la navegación espacial.

En pocas horas, Tommy dispuso de otro fragmento del texto. Este incluía una transcripción física de los remitentes. Contaban con cuatro extremidades y se mantenían erguidos, sin embargo eran más delgados que los humanos. Tenían cabeza de insecto, con unos ojos grandes y ovalados. Del cráneo les sobresalían unas orejas de murciélago y poseían antenas. No había rastro de aparato olfativo. No había indicios de expresión, y tampoco su rostro era capaz de reflejarla.

—¿Todos los rasgos flexibles? —le preguntó a Tommy. Era una pregunta rara, pero no pudo resistirse.

—Información no facilitada, Jason.

—¿Cuánto miden?

—No hay forma de saberlo. No compartimos sistema de medición.

Eso introdujo a Lucy en la conversación.

—¿Estás diciendo que podrían medir dos centímetros?

—Es posible.

Jason apoyó la cabeza entre las manos y se quedó mirando la imagen fijamente.

—A juzgar por el tamaño de los ojos, se diría que viven en un ambiente más oscuro que nosotros.

—No necesariamente —dijo Tommy—. Cuanto más pequeña es una criatura, mayor ha de ser el tamaño de sus ojos con respecto al de su cuerpo. Tienen que ser lo suficientemente grandes como para concentrar una cantidad mínima de luz.

Había más. Detalles del mundo en que vivían: anchos mares, vastas áreas de vegetación enmarañada, que finalmente fueron traducidos como «junglas».

Y ciudades luminosas. Al parecer se localizaban a lo largo de las costas o bordeando los ríos.

—Hay largos fragmentos de la transmisión que sigo sin poder leer —dijo Tommy—. Algunos aspectos de la disposición indican que podrían ser patrones de sonido. Discursos, tal vez.

—O música —sugirió Lucy.

—Podría ser.

—Traduce eso —continuó Lucy— y tendrás un pedazo de concierto.

Descripciones arquitectónicas. Jason se llevó la impresión de que los extraterrestres eran grandes arquitectos.

Relaciones de campos de cultivo con un propósito desconocido, posiblemente con intenciones artísticas.

—Son poéticos —dijo Lucy.

—¿Tú crees? ¿Solo porque les gusta diseñar edificios y plantar flores?

—Eso también.

—¿Qué más?

—Más que nada, porque están lanzando una botella al vacío.

Jason llamó a casa para contarle a Teresa la noticia. Ella lo felicitó y siguió hablando de lo maravillosa que era aquella noche, pero su entusiasmo contenía una nota de falsedad. Ella no alcanzaba a comprender el significado de aquel acontecimiento. Se alegraba porque él se alegraba. Bueno, eso estaba bien. No se había casado con ella por su inteligencia. Era una persona encantadora y trataba de ser una buena esposa, así que no podía pedirle más.

Justo antes de amanecer, la transmisión se detuvo. Se acabó.

Para entonces había empezado a aparecer toda clase de gente. Su propio equipo de vigilantes de guardia que estaban fuera de servicio. Las personas que llevaban años sin saber de la existencia del centro Drake: Barkley y Lansing de Yale, Evans de Holloway, Peterson y Chokai de Lowell, DiPietro de LaSalle. A media mañana la prensa ya había llegado, seguida de una panda de políticos. Todo el mundo participó en la celebración.

Jason descorchó el champán que había permanecido en la reserva, metafóricamente hablando, dos siglos y medio, e hizo traer más de la tienda de licores de calidad del centro comercial Plaza. Improvisaron una rueda de prensa. Uno de los individuos de la prensa les colgó a las criaturas el apelativo de «sigmas», y este se convirtió en su designación oficial.

Después de llevar a Prissy a la escuela, también Teresa se pasó por allí, con su prima Alice. Estaba visiblemente encantada con la atención que todo el mundo le prestaba a su marido y se quedó sentada durante horas, disfrutando del cálido resplandor del reflejo de la fama. En muchos sentidos, se trataba del momento más feliz de la vida de su esposo.

Años después, cuando revivía aquel día, después de que los sigmas se desvanecieran en la historia, no era la llamada en mitad de la noche lo que permanecía imborrable en su memoria, ni el comentario de Tommy: «Este podría ser auténtico»; ni el mensaje en sí: «Saludos a nuestros (intraducible) del otro lado (intraducible)». Ni tan siquiera la confirmación de Ginny: «No encontramos ningún rebote». Era Prissy, al volver del colegio, donde ya se había enterado de las noticias. Era extraño: con nueve años comprendía lo que a su madre se le escapaba.

—Papá, ¿vas a enviar un mensaje de vuelta? —le había preguntado. Para entonces ya había regresado a casa, agotado, pero con la idea de cambiarse de ropa y volver al centro.

—No —dijo—. Están demasiado lejos, cariño.

—¿Ni siquiera para hablar con ellos? Ellos nos han enviado un mensaje a nosotros. ¿Por qué no les contestamos?

—¿Sabes algo de los faraones? —le preguntó.

—¿De Egipto? —Sus ojos oscuros se ensombrecieron por la confusión. ¿Qué tenían que ver los faraones con todo esto? Era una hermosa niña. Armada con la mirada de su madre, pero dotada de la inteligencia del padre. Algún día rompería muchos corazones.

—Sí. ¿Sabes cuánto tiempo hace de eso? ¿Tutankamón y todo eso?

Ella se quedó pensando.

—Hace mucho tiempo —dijo.

—Miles de años.

—Sí. ¿Por qué no podemos hablar con los sigmas?

—Porque ya no están —dijo—. Murieron hace mucho tiempo. Ya estaban muertos mucho antes de que existieran los faraones.

Parecía desconcertada.

—¿Las personas que enviaron el mensaje murieron antes de que existieran los faraones?

—Sí. No creo que haya muchas dudas respecto a eso. Pero, en realidad, no eran personas.

—No lo entiendo. Si murieron hace tanto tiempo, ¿cómo pudieron enviarnos un mensaje?

—El mensaje tardó mucho tiempo en llegar hasta aquí.

Sus ojos oscuros se abrieron mucho.

—Me parece muy triste que nosotros no podamos saludarlos.

—A mí también me lo parece, mi vida —dijo él. La miró y pensó que había rozado la verdad definitiva—. Están empezando a construir naves muy veloces. Tal vez algún día puedas ir a echar un vistazo.

Primera parte
Prometeo

Jueves, 11 de enero de 2255.

A François St. John no le gustaba la omega. La tenía debajo, oscura, borrosa y gris. Y amenazadora, como una tormenta de verano. Era un enorme paisaje nuboso, iluminado desde dentro. Parecía que no se iba a terminar nunca.

La habían medido, estimado su masa, tomado su temperatura, recogido muestras a una profundidad a la que nunca nadie había conseguido penetrar, y estaban listos para iniciar el regreso a casa.

A pesar de las apariencias, la omega no iba ni mucho menos a la deriva. Avanzaba en la noche a una velocidad que excedía con creces a cualquier cosa, a la caza de una nube de polvo corriente, persiguiendo el erizo, su detonador, cerrándose sobre él a razón de trece kilómetros al día. En aproximadamente tres mil años, rebasaría su objetivo y lo azotaría con un rayo. Al hacerlo, el detonador explotaría, prendiendo la nube, y esta estallaría formando una inmensa bola de fuego.

Las omegas constituían el gran enigma de la era. Objetivo desconocido. Una vez se las creyó objetos naturales, pero ya no. No desde que se descubrieron los erizos, veinte años atrás. Nadie sabía lo que eran, ni por qué existían. Ni siquiera tenían una teoría aceptable, por lo que sabía François. Los ángulos rectos incorporados al diseño de los erizos atraían el rayo. El problema era que a cualquier cosa con un ángulo recto, situada en la trayectoria de la nube, más le valía andarse con cuidado.

Lo sobresaltó la voz que oyó detrás de él.

—Ya casi estoy, François. Otra hora más o así, y podremos ponernos en camino.

Era Benjamin Langston. El jefe de equipo. Tenía más de cien años, pero seguía jugando al tenis los fines de semana. Hubo un tiempo en que, a esa edad, era habitual que la gente contemplara la posibilidad de jubilarse.

—¿Tienes algo nuevo, Ben?

Ben agachó la cabeza para acceder al puente de mando a través de la escotilla. Era un gesto exagerado, pensado para exhibirse. Le encantaba ser el más alto de la nave. O el más explotado. O el que llevaba el equipamiento menos fiable. Siempre que alguien contaba una anécdota sobre mujeres, o alcohol, o un accidente evitado a tiempo, Ben siempre encontraba una mejor. Pero sabía hablar de forma sencilla, lo cual lo situaba en un plano distinto al resto de físicos que François había llevado de aquí para allá a lo largo de los últimos años.

—No exactamente —dijo—. Sabremos más cosas cuando llegemos a casa. Cuando podamos hacer algunos análisis.

Era pelirrojo y sonreía de medio lado. Probablemente se habría herido la mandíbula en algún momento.

—Tengo que admitirlo, Ben —dijo François—, seré feliz cuando me aleje de esa cosa. No me gusta estar cerca de ella.

Se suponía que la *Jenkins* estaba preparada para trabajar cerca de una omega. La fundación Prometeo, su propietaria, la había reconstruido hacía algunos años, deshaciéndose del armazón exterior y sustituyéndolo por un casco de formas redondeadas. No tenía ni un solo ángulo recto. Nada que despertara al monstruo. Pero había visto los hologramas, había contemplado el despliegue de los inmensos relámpagos, y cómo alcanzaba objetivos olvidados en su trayectoria. Daba auténtico miedo.

Bajó la mirada hacia el paisaje nuboso. Daba la sensación de que había algo sólido justamente detrás de la niebla gris, como si estuviera planeando sobre una superficie planetaria. Pero la gente que había trabajado cerca de las omegas decía que siempre daba esa impresión. Uno de los rasgos característicos de la omega era su habilidad para permanecer unida. Se diría que tenía tendencia a disiparse, a emborronarse por los bordes. Pero las nubes no eran así. Ben había comentado que prácticamente tenían la consistencia de un objeto sólido.

De hecho, Ben admiraba a aquellos malditos cacharros.

—Es precioso, ¿verdad que sí? —dijo. Parecía impresionado.

No era así como lo habría descrito François. Pero fingió estar de acuerdo.

—Sí —dijo—. Precioso.

Justo al frente, y profundamente sumergido en la nube, apareció un destello rojo que se expandía, se iluminaba, hasta que finalmente se apagó. Duró solo unos instantes, luego desapareció y no vieron más que sus propios faros de navegación, apresados y difuminados por la niebla.

Sucedía constantemente, luces rubías que surgían silenciosas.

Hablaron sobre imprevistos, sobre el largo camino de regreso a casa, que duraría aproximadamente tres semanas, y sobre lo mucho que les gustaría salir de sus estrechos cuarteles. Ben admitió que echaba de menos sus clases. Era uno de esos raros académicos que parecían disfrutar del toma y daca de un seminario. Sus colegas acostumbraban a hablar de ello como si fuera una tarea mental impuesta por una universidad irracional, interesada únicamente en hacer dinero.

—François. —La voz de la IA.

—Sí, Bill, ¿qué tienes?

—Las nubes están modificando su curso.

—¿Qué? —Era imposible.

—He estado observándola durante varios minutos. No hay duda. Ha puesto rumbo a babor, y por debajo del plano.

No podía ser. Las nubes insistían despiadadamente en perseguir a sus detonadores a no ser que algo las distrajera. El plano de una ciudad, tal vez. Pero desde luego que no había ciudades por las inmediateces. Ni campos de gravedad que pudieran distraerla.

—Ha captado un patrón geométrico por aquí cerca —dijo Ben. Le echó un vistazo a la imagen que aparecía en los monitores—. Tiene que ser eso.

Pero no había nada en ninguna dirección, salvo el espacio vacío. En años luz.

—François, dile a Bill que peine la zona.

François asintió.

—¿Bill?

—Tenemos que apartarnos de su camino.

Ben torció el gesto.

—Si lo hacemos, perderemos contacto con la sonda.

François no estaba seguro de qué clase de datos estaba recabando la sonda. Lo único que le importaba era que era la última. Miró a Ben.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Estás seguro de que la nube está cambiando su curso?

—Sí.

—Entonces, averigüemos por qué.

—Vale —dijo François. Le dio instrucciones a la IA y el ruido de motores empezó a intensificarse. Encendió el intercomunicador general—. Leah, Eagle, Tolya, abrochaos los cinturones. Vamos a ejecutar una maniobra en un minuto.

Leah era la señora Langston. Al igual que Ben, era especialista en diversos aspectos de las nubes; estructura física, sistemas de nanotecnología, propulsión. El objetivo de la misión era descubrir algo acerca de sus creadores, quiénes eran, cuáles eran sus capacidades, por qué enviaban aquellos entes del demonio al Brazo de Orión. Y a la galaxia entera, por lo que se sabía.

El nombre real de Eagle era Jack Hopewell. Era un nativo americano, el astrofísico de la misión, el director del departamento en el instituto de las Ciencias del Mundo. Se proclamaba un cheroqui de pura sangre, pero siempre sonreía cuando lo decía, como si no fuera en serio del todo. François pensaba que debía de haber un alemán por ahí detrás, y puede que un irlandés.

Tolya era Anatoly Vasiliev, una especialista en nanotecnología de la universidad de Moscú. Estaba a punto de jubilarse, nunca había visto una omega, y había tirado de todos los hilos que encontró para que la destinaran a esta misión.

Leah respondió con aquella voz oxoniana tan precisa.

—François, ¿qué está pasando?

Él se lo explicó al mismo tiempo que, uno tras otro, se encendían los tres indicadores luminosos. Todos tenían abrochados los cinturones. Ben fue a ocupar su asiento y el arnés se cerró a su alrededor.

—Muy bien, chicos —dijo François—. Os lo explicaré cuando hayamos acabado. Esto nos va a llevar unos minutos.

Volvió a contactar con la IA.

—Cuando estés listo, Bill.

Por supuesto, la *Jenkins* se desplazaba en la misma dirección que la nube, marcándole el ritmo. François extrajo la palanca de mando del panel de control y la empujó suavemente. Los motores rugieron con más fuerza y el paisaje nuboso empezó a moverse a popa. Los remolinos de niebla se aceleraron, sortearon el resplandor de las luces de la nave por debajo y se emborronaron. Bill anunció que había perdido el contacto de la sonda.

Tardó un poco, pero finalmente el horizonte se aproximó.

—La omega sigue virando —dijo Bill.

De las profundidades destelló más electricidad. A François le pareció como si la nube estuviera viva. Era una idea que se había ganado el respeto en algunos círculos. Nadie había conseguido en modo alguno demostrar que aquella proposición fuera realmente válida. Y François habría estado dispuesto a admitir que no tenía pruebas para respaldar su corazonada. Pero aquello parecía estar vivo. Por eso no acababa de fiarse de la convicción de los ingenieros que le habían dicho que la *Jenkins* era segura gracias a sus ángulos redondeados. ¿Quién estaba en posición de predecir lo que podía hacer un monstruo de aquellos?

Planearon junto al límite, el borde delantero de la nube.

—¿Ves algo ya, Bill? —preguntó.

—Negativo. Pero el viraje se está ralentizando. Se está instalando en un vector. Bill ajustó el curso y siguió acelerando.

François miró afuera, a las estrellas. No tenían ningún sol cerca. Ningún planeta. Ningún sitio al que pudiera dirigirse.

—¿Crees que esa cosa puede ver más lejos que nosotros, Ben?

Ben dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Todavía no sabemos mucho. Pero potencialmente tiene un área de recepción mucho mayor que nosotros. Así que, sí, seguramente verá más lejos. Quizá no de forma óptica, pero sí en algún otro sentido.

A sus espaldas, la nube iba menguando, fundiéndose con la noche, una presencia oscura que bloqueaba las estrellas, iluminada únicamente por un destello periódico. Podía ser una tormenta lejana.

—¿Nada todavía? —preguntó François.

—Aún no —dijo Bill—. Sea lo que sea, está justo enfrente. La omega ha empezado a reducir la marcha.

Aflojó la palanca de mando y conectó el intercomunicador general.

—Vamos a cruzar, amigos. Si tenéis algo que hacer, ahora sería el momento, pero no os alejéis mucho de vuestro sillón.

Unos minutos más tarde, Leah asomaba la cabeza por la escotilla.

—¿Todavía nada?

—Nada de nada —dijo Ben.

Leah rondaba los noventa años. Era alta y esbelta, tenía el pelo castaño oscuro y los ojos del mismo color. Una buena compañera para Ben, dada a bromear con él, y, según veía François, los dos eran afines en términos intelectuales.

—De acuerdo —dijo haciendo ademán de regresar—. Avísanos cuando veas algo.

François conocía a Leah desde hacía treinta años, durante sus años en la Academia la había transportado en varias misiones, antes de que ella se casara con Ben. Antes de que lo conociera siquiera, a decir verdad. Una vez había intentado conquistarla, en aquellos buenos tiempos, poco después de que su primer matrimonio se fuera al garete. Pero ella no estaba interesada. Sospechaba que pensó que no podría retenerlo a su lado.

Pasó media hora mientras Bill buscaba la razón por la que la nube omega había modificado su curso. François empezó a pensar que la IA podía haber malinterpretado a la omega. Ben se había quedado callado, estaba repasando una notas, y François estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás, medio dormido, cuando Bill dio señales de vida. Se sabía que Bill estaba a punto de anunciar algo importante cuando le precedía invariablemente un gorjeo electrónico, el equivalente de un carraspeo para una IA.

—François, objeto al frente. Alcance, 3,4 millones de kilómetros.

Ben alzó la vista inmediatamente. Estudió la pantalla.

—¿Qué es? —preguntó.

—Parece una nave.

—¿Una nave?

—Sí. Alguna clase de construcción artificial. No va impulsada por sus propios medios.

Ben se volvió para mirar por la portilla.

—François, ¿quién más hay ahí afuera?

—Nadie. Se supone que no hay nadie.

¿Qué demonios?

—Bill, ¿qué clase de nave?

—No lo sé. Estamos demasiado lejos.

Parecía una colección de cubos, o cajas, de diversos tamaños, conectados mediante tubos. Algunos de estos iban directamente de un cubo a otro, otros formaban ángulos en distintas direcciones. Ninguno se curvaba. Todos eran ángulos rectos, un objetivo propicio para una omega.

Aquello era como un juguete para niños, un puzle que había que manipular hasta que todos los cubos quedaran alineados de una forma u otra. A pesar de la evaluación de Bill, definitivamente no se podía identificar como una nave, precisamente.

—Estaba equivocado —dijo Bill—. No se observa ningún medio de propulsión. Es más, de contar con algún medio que no pudiéramos detectar, dudo que ese artefacto se mantuviera entero al ser sometido a aceleración.

—¿Una especie de estación espacial? —preguntó Ben.

—Posiblemente un hábitat —dijo François—. La verdad, no sé qué pensar.

—¿Qué hace aquí fuera?

François los llevó a dar una vuelta. Con la nave aproximándose por detrás, quería alcanzar el artilugio cuanto antes. De modo que aceleró, y entonces echó el freno. Quemó combustible despreocupadamente. Ben le sonrió.

—Eso está bien, François. Estás aprendiendo.

—Bill —dijo—, ¿cuánto tiempo tenemos?

—La omega sigue ralentizándose. Si continúa reduciendo la marcha a este ritmo, después de que lleguemos tendremos aproximadamente veintitrés minutos antes de que la nube se acerque hasta ponerse a tiro.

Ben se quedó mirando el objeto y pareció angustiado.

—François, es extraterrestre.

—Lo sé.

—No tiene precio.

—Eso también lo sé, Ben.

—¿Podemos salvarlo? ¿Apartarlo de ahí?

—¿Qué tamaño tiene, Bill?

—No estoy capacitado para estimar su masa. Pero el segmento más grande mide once veces el diámetro de la nave. A su lado somos minúsculos.

—¿Podríamos acelerarlo? —quiso saber Ben—. Sé que es grande, pero va a la deriva.

François contó nueve cubos.

—No importaría. No tenemos forma de controlar su vuelo. Ese artilugio podría girar sobre sí mismo hacia un costado cuando empezáramos a empujar. Lo único que sucedería es que la condenada omega corregiría su rumbo.

Eagle y Tolya se habían apiñado en la escotilla. Leah estaba detrás de ellos.

—Tenemos que hacer algo —dijo Tolya—. No podemos dejar que esto ocurra.

—Tienes toda la razón, maldita sea —dijo Eagle.

François alzó las manos.

—No tenemos muchas opciones. Por si os interesa, lo estamos grabando todo.

—Eso no es mucho decir —dijo Leah.

—No podemos hacer nada más. —Se tiró de una oreja—. Bill.

—Sí, François.

—¿Está hueco ese cacharro?

—Eso parece.

Leah intervino.

—Cuando lleguemos allí, nos quedarán unos minutos. Tenemos que encontrar la manera de entrar.

François cerró los ojos con fuerza.

—No —dijo—. De ninguna manera. Eso es lo último que queremos hacer.

—Mira, François. —Intentó sonar razonable—. Seguramente encontraremos una escotilla, o una portilla, o algo. Podemos entrar, echar un vistazo rápido y marcharnos.

Ya estaba abriendo el armario y cogiendo las bombonas de aire y un traje de protección ambiental.

—No —dijo Ben—. Definitivamente, no.

Tolya parecía eufórico.

—Yo también iré. —Todas las mujeres de la nave se pusieron como locas.

—¿Qué queréis hacer? —preguntó—. ¿Abandonar?

François quiso recordarle que era una simple estudiante. No estaba allí para darle órdenes a nadie. Pero Ben se encargó de zanjar la cuestión con una mirada glacial.

—Olvídate —le dijo—. Nadie va a ir a ninguna parte. Veinte minutos no serán suficientes.

—Tiene razón —lo secundó François.

Ben le resultó demasiado desalentador, de modo que Tolya recurrió a François.

—¿Y qué demonios sabrás tú? ¿Qué vamos a hacer? ¿Quedarnos parados a ver cómo la estúpida nube vuela ese trasto? ¿Pasarnos el resto de nuestra vida preguntándonos qué era?

Iba dando vueltas. Despacio.

—¿Qué edad tendrá? —Leah comprobó las bombonas de aire de Ben—. Ya estamos todos listos.

Estaban en la cámara estanca, con láseres y cinturones de herramientas, preparados para salir. Eagle y Tolya quisieron acompañarlos, pero por desgracia a bordo solo había tres trajes de protección ambiental, y nadie podía usar el del capitán. Era una violación de la normativa.

—Chicos, cruzáis al otro lado —dijo François—, entráis rápido, echáis un vistazo y volvéis aquí.

—No te preocupes —dijo Ben.

—Mira, Ben, ya lo sabes; en realidad no tenemos tiempo para esto, y no voy a poner la nave en peligro. Cuando se acerque, me largo. Tanto si vosotros dos habéis vuelto como si no.

—Entendido —dijo Ben.

—Maldita sea —dijo Leah con un movimiento de cabeza—. Te preocupas demasiado, François.

No le encontraba ninguna ventaja al diseño del objeto. Los cubos parecían estar conectados de forma totalmente aleatoria. *Pura estética*, pensó. *El concepto que tiene alguien del arte.*

Miró cómo estaba el panorama por la parte de atrás. La mancha negra aumentaba de tamaño progresivamente, ocultando las estrellas.

—Localización de las escotillas —dijo Bill marcando los cuatro puntos en la pantalla. François eligió una que permitía un fácil acceso desde la *Jenkins*, y efectuó la maniobra en paralelo. Estaba ubicada en uno de los cubos más pequeños, en el borde exterior del casco. Tenía un tamaño inferior a la media, pero era más grande que la *Jenkins*. Se colocó tan cerca como pudo, alineó la escotilla con la cámara estanca de la nave y le dio instrucciones a Bill para que mantuviera la posición.

—De acuerdo —le dijo a Ben.

Sus faros de navegación iluminaron la superficie del objeto. Estaba abollada. Corroída. Llevaba allí mucho tiempo.

Ben abrió la escotilla exterior.

—Está bastante desgastado —dijo.

—Tenéis diecisiete minutos para volver aquí —advirtió François—. ¿De acuerdo? Diecisiete minutos y despegamos. Tanto si estáis como si no.

—No te preocupes —dijo Leah—. Tú mantén abierta la compuerta.

Bien.

Una cámara los captó saliendo de la nave. Los siguió a lo largo de los pocos metros de espacio abierto hasta la escotilla. Quienquiera que la hubiera estado usando era aproximadamente del mismo tamaño que los seres humanos, lo cual significaba que Ben iba a pasar un mal rato tratando de cruzar.

—Increíble —exclamó Leah. Estaba examinando el casco, que estaba abollado y rayado—. Rayos cósmicos. Esto es antiquísimo.

—¿Cuánto tiempo crees que tendrá? —preguntó Ben.

Bill suspiró.

—Usa el escáner, Ben. Dame la composición del casco y tal vez pueda darte una respuesta.

Ben no estaba seguro de cuál de los artefactos que llevaba encima era el escáner, nunca había usado uno. Pero Leah sí lo sabía. Activó el suyo y lo pasó por encima de la zona dañada.

—Bien —dijo Bill—. Dadme un minuto.

Ben hizo un intento de abrir la escotilla. Había un panel de presión, pero no respondió. Leah volvió a guardar el escáner en su cinturón y sacó un láser. Lo activó y se puso a cortar.

—Esto es un desastre —dijo—. ¿Qué probabilidad teníamos de encontrarnos con algo así? Y resulta que la tienes justo delante de esa puñetera avalancha de ahí detrás.

Ben sacó el láser que llevaba en su cinturón, pero François le advirtió que lo no usara. Dos personas relativamente inexpertas cortando constituían una

fórmula infalible para desatar una catástrofe. De modo que se quedó detrás. Leah solo necesitó unos minutos para terminar de cortar. Le dio un empujón a un fragmento metálico lanzándolo al espacio, guardó el instrumento en su sitio y entró en la nave.

—Enciende la grabadora —le pidió François.

Cada uno de ellos llevaba encima una cámara en el bolsillo pectoral derecho. El monitor auxiliar se puso en marcha y François contempló un pasillo oscuro hasta el fondo, iluminado por sus frontales. Todo estaba en penumbra. El mamparo tenía un aspecto áspero y desgastado. Cualesquiera que fueran los materiales que lo revistieron originalmente se habían desintegrado. El techo era tan bajo que ni siquiera Leah podía permanecer erguida.

Había algo moviéndose despacio por el mamparo. Ben lo vio y la imagen dio un respingo.

—¿Qué es? —preguntó François.

Polvo. Una mano, la de Leah, cogió un poco, y lo sostuvo a la luz.

—Escanéalo —dijo Bill. Leah lo hizo.

Los componentes electrónicos de la IA runrunearon suavemente.

—Orgánico —dijo.

—¿Quieres decir que esto fue un miembro de la tripulación?

—Probablemente —dijo François—. O a lo mejor llevaban plantas a bordo.

—¿Qué pudo pasar aquí? —dijo Ben.

Tras un largo silencio, Bill dijo:

—Tengo los resultados de los daños por rayos cósmicos. Es difícil de creer, pero he revisado las cifras dos veces. Parece ser que el objeto tiene mil doscientos millones de años.

Ben emitió un ruido como de dolor.

—No puede estar bien —dijo.

—No he cometido error alguno.

—Mierda. François, tenemos que salvar este cacharro.

—Si se te ocurre la forma, estaré encantado de hacerlo posible.

Leah los interrumpió:

—Hay algo en esta pared de aquí. Algo grabado. Toca esto, Ben.

Puso los dedos en el mamparo. Entonces sacó un cuchillo y rascó un poco el polvo.

—Con cuidado —advirtió Leah.

François no veía nada.

—Aquí hay algo. Está lleno.

Leah se desplazó hacia su derecha.

—Aquí hay más.

Recorrió el mamparo con los dedos, de arriba a abajo.

—No son símbolos —aclaró—. Es más bien como una línea curva.

—Nueve minutos —dijo François.

—Por el amor de Dios, François. Danos un respiro.

—¿Qué quieres que haga, Ben? —Le estaba costando no reflejar en su voz el enojo que sentía. ¿Acaso pensaban que no habría salvado aquella cosa de haber podido? ¿Es que creían que le daba igual?

Permaneció a la escucha mientras ellos intentaban ver mejor el mamparo. El objeto giraba lentamente a medida que avanzaba, y el polvo llevaba todo ese tiempo arrastrándose por dentro. Ya hacía mucho que se habría metido por cualquier abertura, hueco, grieta o cualquier cosa que hubiera en el mamparo.

—No hay nada que hacer —dijo François.

No iba bien. Oyó sobre todo improperios contra el polvo; ocasionalmente, contra la omega.

—No puedo estar segura —dijo Leah. Miró a su alrededor. Había unas cuantas piezas de metal atornilladas al mamparo de acoplamiento.

—Podrían ser armarios —dijo Ben—, o estanterías, o una especie de panel de instrumentación.

—Será mejor que regreséis —dijo François.

Leah tenía la respiración acelerada.

—Antes de la vida multicelular. —El comentario iba puntuado con espacios en blanco—. Párate a pensarlo un minuto. Antes de que apareciera la primera planta en la Tierra, aquí había algo. No podemos limitarnos a dejarlo aquí.

François estaba empezando a sentir escalofríos. La mancha negra que había detrás de la *Jenkins* no dejaba de crecer.

Abandonaron. Ben había encontrado una placa fijada al mamparo. Había estado tratando de soltarla y al final le dio un golpe con una llave, esta se desprendió y desapareció en la oscuridad.

—Tal vez sea el nombre del lugar del que provenían —dijo.

Leah tocó el lugar en el que había estado la placa.

—O quizá el servicio de caballeros.

Pasaron por una abertura hacia el tubo de empalme, que daba acceso a un cubo que multiplicaba varias veces el tamaño del que estaban abandonando.

—No —dijo François—. Se os ha acabado el tiempo. Regresad.

—Es un minuto, François —repuso Leah—. Solo vamos a echar un vistazo rápido. Luego volvemos enseguida.

Se preguntó si los tubos serían transparentes en un principio. Desde dentro parecían distintos, de un tono gris diferente, y, más que descascarillados, estaban manchados.

Cogió aire.

—Ben, no me acaba de gustar cómo va esto.

—A mí tampoco, François.

Contó otro minuto más.

—Ben —dijo por fin—, ya basta. Volved.

—Estamos de camino. —Habían entrado en el otro cubo, que consistía en otra estancia con varias puertas.

Se preguntó si, de un modo excéntrico, se sentían a salvo dentro del objeto. Tal vez, de estar en el puente de mando viendo como la omega se acercaba, se habrían dado un poco más de prisa. A su espalda, Eagle y Tolya estaban de pie, observando, sin decir nada, aferrándose el uno al otro. François no se pudo contener.

—Ahora ya no parece tan buena idea, ¿verdad, chicos?

—Ya te digo —dijo Tolya.

Se volvió hacia la IA.

—Bill, mete todo lo que tengamos en un paquete y transmite a Unión. Todo lo de la nube y lo de este maldito cacharro. Sea lo que sea.

—Tardará uno o dos minutos.

—De acuerdo. Tú hazlo.

La omega se encendió. Una serie de destellos luminosos.

—Aquí no hay nada —dijo Ben. Recorrió el interior con el foco. En el suelo había anclados algunos objetos. Era imposible determinar qué habían sido. Sillas, tal vez. O consolas. O altares, por lo que ellos sabían. Y cajas a ambos lados de una salida. Quizá armarios. Leah abrió una de un corte e iluminó el interior con su linterna.

—Ben —dijo—, mira esto.

Se puso a forcejear para sacar algo.

—¿Una especie de medidor?

Lo limpió con cuidado y lo mantuvo en alto para inspeccionarlo.

François vio metal corroído. Y símbolos. Y tal vez un lugar en el que habían ido instalados unos cables.

—François —dijo la IA—, la nube está cerca. Podríamos tener problemas para salir.

—Ya está, chicos. Se acabó el tiempo. Venga. Vamos.

—Hay algo por aquí —dijo Leah.

François nunca supo lo que era. Un destello se encendió tras él.

Ben recibió el mensaje.

—Estamos de camino —dijo. Se pusieron en marcha. Por fin. Pero Ben tropezó con algo y salió despedido por el pasillo—. Me cago en la puta.

Bill respondió con un despliegue eléctrico, algo que hacía para mostrar desaprobación.

—¿Estás bien? —preguntó Leah.

—Sí. —La apartó de un empujón—. Sigue.

Y se levantó y echó a correr, empujándola a ella por delante.

No es fácil correr con unos zapatos apretados y gravedad cero. Sobre todo cuando no estás acostumbrado a ninguna de las dos cosas. Se apresuraron a pasar por el tubo de empalme. François los apremió. Quizá fuera su voz, quizá era

inevitable, pero fuera por la causa que fuera, Ben y Leah de repente se habían asustado. Hasta el pánico.

—El paquete de datos ha sido enviado, François.

—Bien —dijo—. Bill, estate preparado para marcharnos en cuanto estén a bordo.

—Podemos proceder en vuestra dirección.

—Ben, cuando entréis en la cámara intermedia, cerrad la escotilla exterior y agarraos a algo. No vamos a esperar.

—Vale, François. Será solo un minuto.

Bill volvió a hacer rechinar su sistema eléctrico. No estaba nada contento.

—La actividad eléctrica de la nube está aumentando. Sería prudente marcharnos ahora.

François sopesó las opciones. Esos idiotas lo habían puesto a él y a la nave en peligro.

Unos momentos más tarde, abandonaban el objeto y entraban en la cámara de aire.

—Vamos, Bill —dijo—. Sácanos de aquí cagando leches.

ARCHIVO

Un equipo de astrónomos ha anunciado hoy que, al parecer, las omegas se originaron en la zona Mordecai, una serie de nubes de polvo de una extensión aproximada de 280.000 millones de kilómetros situada cerca del núcleo de la galaxia. No pueden explicar cuál es el proceso, ni por qué está sucediendo. «Con toda probabilidad, no lo sabremos hasta que enviemos una misión para que lo investigue», dijo Edward Harper, el portavoz del equipo, durante la rueda de prensa. Al preguntarle cuándo sería esto, admitió que no tenía idea, que trasciende la capacidad de la tecnología actual, y que puede seguir siendo así durante mucho tiempo.

—*La Gaceta de la Ciencia*, marzo de 2229

ENTRADA DE LA BIBLIOTECA

1115 horas TMG. La *Jenkins* informa de un fallo en los motores principales. Aparentemente los daños fueron provocados durante una aceleración apresurada. En este momento los detalles no están claros. Misión de rescate programada para salir mañana por la mañana.

—Entrada del registro de Operaciones de Unión,
sábado, 3 de febrero